

El concepto de «salvaje» en la Edad Media española: algunas consideraciones¹

Santiago LÓPEZ-RÍOS

La importancia que tuvo el mito del hombre salvaje en la Edad Media es la razón de los numerosos trabajos que, con mayor o menor acierto, se han realizado sobre tan complejo asunto en diversos campos. Aun así, resulta indudable que para el caso español se echa en falta una monografía que, desde una perspectiva interdisciplinar y superando los consabidos tópicos que tantas veces se repiten, aborde el tema de forma exhaustiva y atendiendo a todas las implicaciones que salgan al paso.

Sin duda, uno de los aspectos más importantes que exigen todavía un estudio detenido es el mismo concepto de «salvaje», pues, aunque existen algunas aportaciones², no se ha realizado un riguroso análisis, documentado en textos, de la evolución de las distintas significaciones del término en español. Tal trabajo, aparte de su interés lexicológico, constituiría una excelente base sobre la que fundamentar ulteriores estudios sobre la génesis, presencia y evolución del motivo en la literatura, el arte y el folklore hispánicos y, sin duda, podría solucionar muchos equívocos en los que se ha

¹ Parte de la investigación de la que es fruto este artículo contó con una ayuda de la Fundación Caja de Madrid (curso 1992-93). Agradezco sinceramente al profesor Nicasio Salvador Miguel sus consejos y observaciones.

² En realidad, la mayor parte de los estudios sobre el salvaje comienzan con breves definiciones, pero ignoran los intrincados problemas que presenta este concepto en español. Entre otros, tratan con mayor detenimiento el tema: José Manuel Gómez-Tabanera: *Teoría e historia de la etnología I* (Madrid: Editorial Tesoro, 1964), p. 636 y ss.; José A. Madrigal: *El salvaje y la mitología, el arte y la religión* (Miami: Ediciones Universal, 1975), pp. 11-17. Especial interés tiene el documentado trabajo de Oleh Mazur: *The Wild Man in the Spanish Renaissance and Golden Age Theatre. A Comparative Study* [1966] (Ann Arbor-London: University Microfilms International, 1982), pp. 1-69.

venido cayendo, al tiempo que abriría nuevos y no transitados caminos de indagación. Precisamente, el objetivo de este artículo es presentar una primera aproximación a este asunto, aproximación que no considero definitiva, aunque sí válida en líneas generales, como punto de partida desde el cual continuar la investigación, acaso corrigiendo determinadas conclusiones, pues no se me escapa que quedan ciertos problemas en los que profundizar y que será necesario atar cabos sueltos. Me limito aquí a intentar deslindar las distintas acepciones que tuvo la palabra «salvaje» en la Edad Media española y a trazar, a grandes rasgos, su evolución.

«Salvaje», al derivar del término *salvatge* (que viene, a su vez, del latín SILVATICUS¹), podría ser tanto un occitanismo como un catalanismo². Es una palabra de temprana introducción en el idioma³, pues está ya documentada en el *Libro de Alexandre*. En efecto, dentro de la digresión que se hace de Babilonia y hablando de la reina Semíramis, dice el autor:

Semíramis la buena, pobló a Babilonia mas, como Dios lo quiso, pero antes despiso	una sabia reina, por la graçia divina; aguisólo aína, mucha buena farina.
Tantas callesý fizo fízolas poblar todas los unos a los otros los unos a los otros	como son los linajes, de diversos lenguajes, non sabién fer mensajes, teniense por salvajes ⁶ .

Aparece también en numerosas ocasiones en la *General Estoria*, según se ha señalado⁷. Precisamente en esta última obra «salvaje» figura repetidas veces como adjetivo, con las acepciones de «no doméstico»⁸ y de «sil-

¹ Joan Corominas y José Antonio Pascual: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* V (Madrid: Gredos, 1986), p. 196, s.v. «selva»

² Germán Colón Doménech opina que es más probable que se trate de un occitanismo. «dado que llegó a Portugal y es término de caza y montería». Cfr. Germán Colón Doménech: «Occitanismos», en *Enciclopedia Lingüística Hispánica* (Madrid: C.S.I.C., 1967), II, p. 180

³ No es cierto que «la primera utilización del término «salvaje» en lengua castellana se debe al famoso arcipreste de Hita» (J. M. Gómez-Tabanera: *Teoría e historia de la etnología*, p. 638). También pensaba en una tardía introducción G. Colón Doménech, p. 186

⁴ *Libro de Alexandre*, coplas 1518-1519, ed. Jesús Cañas (Madrid: Cátedra, 1988), p. 402

⁵ Cfr. Corominas-Pascual: *Diccionario ...*, V, p. 196; José Antonio Pascual: *La traducción de la «Divina Comedia» atribuida a D. Enrique de Aragón. Estudio y edición del «Infierno»* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1974), p. 199, n.1

⁶ «Companneros, las redes e las armas todo lo traemos moiado de las sangres de la mucha caça, et oy muy bien nos a ydo e assaz auemos tomado de aues e de las otras cosas saluaies ...». *vid.* Alfonso X el Sabio: *General Estoria*, (Segunda Parte), ed. Antonio Solalinde, Lloyd A. Kasten y Víctor R. B. Oelschläger, I, (Madrid: C.S.I.C., 1957), p. 150; «Cerca aquella alcoba e el luziello del rey Nino, o nascié aquella fuent e estaua aquel moral grant, e alto, e muy bien fecho (...), aué una grant selua otrossí muy noble e llena de caça, e de todos uenados e de bestias saluaiges (...). *Ibid.*, p. 197: «Et cuenta la estoria que la thigre es grant

vestre»⁹, acepciones que siempre han sido corrientes en español¹⁰, referidas a animales y plantas, y que no presentan mayores problemas.

Sí es mucho más complicado, en cambio, establecer con rigor a qué tipos de seres o individuos se les llamó «salvajes» en la Edad Media. Ciertamente, este trabajo de contextualización histórica del significado obliga a una meticulosa revisión de toda una serie de textos antes de formular sólidas conclusiones en cada una de las implicaciones del asunto. En este primer avance, por tanto, tan sólo ofreceré una primera aproximación, en la que indico los aspectos en los que tengo previsto profundizar.

Empezando por lo básico, conviene subrayar, de entrada, la amplitud del término «salvaje» y el valor plurisignificativo que tuvo en la Edad Media. Sin embargo, parece ser que la acepción más frecuente hoy, la de «individuo de pueblos incivilizados»¹¹, no fue la prioritaria. Como indicó José M. Gómez-Tabanera,

el apelativo de «salvaje» jamás se aplicaría a pueblos de culturas exóticas, tales como los «escitas», los «hunos», los «búlgaros» o ni siquiera los «mongoles», pueblos todos que, a fin de cuentas, serían quizá considerados como «bárbaros», pero nunca como «salvajes»¹².

Aunque está claro el uso más restringido que se hizo en la Edad Media de la voz «salvaje» aplicada a pueblos incivilizados, quedaría por definir con precisión las características que habían de tener dichos pueblos para recibir tal nombre y la frecuencia con que se atestigua este uso. Si bien es cierto que este punto exige un estudio más detenido¹³, quizás sea útil recordar el comentario que hizo en este sentido el autor antes citado:

de cuerpo como un grant çieruo, e fuerte e braua assí como la bestia más saluage que yá (...), *Ibid.*, p. 375; «El rey Euristeo (...), luego que vïo que serié Ércules para algunt gran fecho (...), buscó cosas fuertes a que lo enbiase. E enbióle primera mente a lidiar con bestias saluages (...), *Ibid.*, II (Madrid: C.S.I.C., 1961), p. 5; «E cuentan las estorias que es Arcadia tierra muy abundada de toda cosa e de muchos venados salvajes.» *Ibid.*, p.6 (Gran parte de estas documentaciones ya habían sido señaladas J. Coromines y por J. A. Pascual. Cfr. nota anterior)

⁹ «Et llegaron las huestes dela una parte e las dela otra, e ayuntáronse en un lugar que auíe estonces nombre el ual Siluestre. -e siluestre quiere dezir tanto como saluage, fásca de selua o montesino-(...)» *Vid.* Alfonso X el Sabio: *General Estoria*, (Primera Parte), ed. Antonio G. Solafinde (Madrid: C.S.I.C., 1930), p. 122

¹⁰ En realidad, estos son los dos primeros significados que da el *DRAE* de la palabra «salvaje». Cfr. Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española* (Madrid: Espasa Calpe, 1992²), p. 1303, s.v. *salvaje*.

¹¹ Cfr. Real Academia Española: *Diccionario...*, p. 1303, s.v., *salvaje*: «4. Dícese de los pueblos que no se han incorporado al desarrollo general de la civilización y mantienen formas primitivas de vida. 5. Dícese de los individuos de estos pueblos. «

¹² J. M. Gómez-Tabanera: *Teoría e historia de la etimología*, p. 636

¹³ Dicho en otras palabras, «el establecimiento de las diferencias que el hombre medieval establece entre el «salvaje» y el «bárbaro» se prestaría a un apasionante estudio, y, que sepamos está aún por hacer, dentro del rigor científico e histórico requerido.» Gómez-Tabanera, p. 636

«Salvajes», en una palabra, eran, para la mentalidad medieval, aquellas gentes hasta entonces irreductibles al Evangelio, completamente anárquicas, que vivían en los bosques y selvas, que no conocían el uso de los metales, que llevaban una vida de alimañas, viviendo de la caza o de la depredación de los productos que la Naturaleza ponía a su alcance¹⁴.

Más que insistir en este punto, que necesita un estudio específico, me interesa ahora subrayar que «salvaje», en la Edad Media, se utilizó sobre todo para referirse a ese conocido ser mítico, fruto de la imaginación humana, a medio camino entre el hombre y la bestia, que vive apartado de la civilización, en bosques y selvas, y uno de cuyos rasgos más característicos es el estar cubierto de pelo. Este significado está ampliamente documentado en la literatura castellana medieval desde el siglo xv¹⁵. Tal acepción también es frecuente en los siglos xvi¹⁶ y xvii¹⁷ y es curioso destacar que es

¹⁴ J. M. Gómez-Tabanera, pp. 636-637. En este sentido aparece documentada la palabra en el texto antes citado del *Libro de Alexandre*. Vid. también Louis F. Sas: *Vocabulario del «Libro de Alexandre»* (Madrid: Real Academia Española, 1976), p. 562, s.v. «salvaje», quien en dicho pasaje da el significado de «bárbaro» para este término.

¹⁵ Vid., por ejemplo: Juan Rodríguez del Padrón: *Siervo libre de amor*, en *Novela sentimental española*, ed. César Hernández Alonso (Barcelona: Plaza & Janés, 1987), p. 99 («E siguiendo el arte pazible de los caçadores, andando por los tenebrosos valles en guarda del peligroso passo que vedava a los cavalleros andantes, trasponiendo los collados en pos de los salvajes, que muchas vezes con gran quexo apremiados, entran en el soterrado palacio»), p. 103 («Passado el silencio a la trabajosa vida, torció en sus manos el espantoso venablo, secutor de los salvajes ...»), p. 119 («... arribando a las faldas de mi esquivia contemplación al fallir de las pisadas, preguntava a los montañeros, e burlavan de mí: a los fieros salvajes, y no respondían ...») Gutierre Díez de Games: *El Victorial*, ed. Alberto Miranda (Madrid: Cátedra, 1993), cap. LXXXIX, p. 493 («... Angliaterra quiere dezir en otra lengua «tierra de maravillas». Esto, por muchas cosas maravillosas que en ella solía aber. E aún agora ay algunas dellas, como eran los hombres salvajes. Eran unos hombres que eran todos cubiertos de lana de los pelos de sus cuerpos, bien como animales, e non bestían ropa ninguna...»); Quirós: «Metáfora en metros», en *Cancionero Castellano del siglo XV*, ordenado por R. Foulché Delbosc (Madrid: Casa Editorial Bailly Bailliére, 1915), II, p. 292 y ss. («Entre Valencia y Alcaçar./travesando unos boscages./vi venir veinte salvajes./muy feroçes, denodados ...»); Diego de San Pedro: *Cárcel de Amor*, ed. Keith Whinnom (Madrid: Castalia, 1988), p. 81 («vi salir a mi encuentro, por entre unos robredales do mi camino se hazía, un cavallero assí feroç de presençia como espantoso de vista, cubierto todo de cabello a manera de salvaje ...»); Rodrigo Fernández Santaella: *Vocabulario Eclesiástico* (Sevilla, 1499), fol. LXXIII, v., s.v., *fatuficarii* («Otros lo exponen de saluajes, que son ombres bestiales o demonios que toman tales figuras que los gentiles llamaron sátiros o faunos.»); etc.

¹⁶ Vid., por ejemplo: *Cancionero General de Hernando del Castillo* (Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1882), I, p. 48, p. 441 («.../sientan todos lo que siento./hagan tan bien sentimiento/saluajes, bestias y rudos!...» -de Juan Álvarez Gato-); *Primaleón* (Salamanca: 1512), fol. CXV r. («... él era alto de cuerpo e membrudo: era todo velloso, que parecía saluaje...»); Lucas Fernández: *Farsa o quasi comedia de una donçella y un pastor y un cavallero*, en *Farsas y églogas*, ed. M^a Josefa Camellada (Madrid: Castalia, 1981), p. 122 («Montes, montañas, boscages/secarse han con mi pesar./y, sin dudar./espantaré a los salhajes!...»); *Palmerín de Inglaterra* (Madrid: Miraguano Ediciones, 1979), I, p. 25 («Dice la historia que, es-

la definición fundamental que de la voz «salvaje» da Covarrubias, quien ni siquiera alude al significado de «hombre primitivo, incivilizado»:

(...)los pintores, que tienen licencia poética, pintan unos hombres todos cubiertos de vello de pies a cabeza con cabellos largos y barba larga. Éstos llamaron los escritores de libros de cavallerías salvages. Ya podría acontecer algunos hombres averse criado en algunas partes remotas, como en islas desiertas, aviendo aportado allí por fortuna y gastado su ropa, andar desnudos, cubriéndolos la mesma naturaleza con bello, para algún remedio suyo. Déstos han topado muchos los que han navegado por mares remotos¹⁸.

Este significado gozó en español de gran vigencia. Prueba de ello es que aparece recogido en el *Diccionario de Autoridades*, donde tampoco se encuentra la acepción de «indígena incivilizado»:

Se llama también el hombre que vive, o se ha criado en los bosques, o selvas entre las fieras y brutos, o enteramente desnudo, u vestido de

tando en esto, llegó hacia aquella parte un salvaje que en aquella montaña vivía. Éste se mantenía de la caza de las añañas que mataba, vestíase de los pellejos dellas, y traía dos leones atados por una trabilla, con los cuales cazaba.»; *Viaje de Turquía*, ed. Fernando García Salinero (Madrid: Cátedra, 1986), p. 287 («Yo me espantaba quando no lo sabía; y caminando de un monesterio a otro veía aquéllos, que cierto parescen hombres salvages, con aquellos cabellazos y barbas.»); Jorge de Montemayor: *Los siete libros de la Diana*, ed. Asunción Rallo (Madrid: Cátedra, 1991) p. 185-186 («Y fue que, habiéndose alejado muy poco de adonde los pastores estaban, salieron de entre unas retamas altas, a mano derecha del bosque, tres salvages, de extraña grandeza y fealdad ...»); Antonio de Torquemada: *Jardín de flores curiosas*, ed. Giovanni Allegra (Madrid: Castalia, 1982), p. 123 («... y así lo he oído decir, que una mujer parió un niño con tanto vello que parecía salvaje...»), p. 124 («... y verdaderamente los salvages que pintan no están tan disformes ni cubiertos en todo el cuerpo como este muchacho lo estaba.»); José de Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias*, ed. Edmundo O'Gorman (México-Buenos Aires: F.C.E., 1962), lib. VI, cap. 19, p. 305 («... y tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales no ha muchos millares de años que las habitan hombres, y que los primeros que entraron en ellas, más eran hombres salvages y cazadores, que no gente de república y pulida (...); es notorio que, aun en España e Italia, se hallan manadas de hombres que, si no es el gesto y la figura, no tienen otra cosa de hombres...»), etc.

¹⁷ Miguel de Cervantes: *Quijote*, ed. Rodríguez Marín, V (Madrid: Atlas, 1948), p. 114 [II, 20] («Delante de todos venía un castillo de madera, a quien tiraban cuatro salvages, todos vestidos de yedra y de cañamo teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran a Sancho»); VI (Madrid: Atlas, 1948), p. 199 [II, 41] («Pero veis aquí quando a deshora entraron por el jardín cuatro salvages, vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera.»); Juan de Luna: *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, cap. IV, ed. Pedro M. Piñero Ramírez (Madrid: Editora Nacional, 1983) p. 170 («... ataronme las manos y pusieron una barba y casquete de mohó, sin olvidar los mostachos, que parecía salvaje de jardín.»), etc.

¹⁸ Sebastián de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española* [1611], ed. Martín de Riquer (Barcelona: Alta Fulla, 1989), p. 924, s.v. *salvage*

¹⁹ Real Academia Española: *Diccionario de Autoridades VI* (Madrid: 1739), p. 33, s.v. *salvage* [ed. facsímil (Madrid: Gredos, 1990), III]

algunas pieles, de horroroso semblante, con barbas y cabellos largos, e hirsutos, como los que se suelen representar en la Architectura y Pintura¹⁹.

Realmente, hasta la edición de 1803 no se incluye en el diccionario académico la significación actual la palabra²⁰. La definición de *Autoridades* se retocó en 1817²¹, pero no desapareció hasta la séptima edición, en 1832²². Sin embargo, el hecho de que haya que esperar a principios del XIX para ver recogida en el diccionario de la Academia la acepción de «indígena incivilizado» no quiere decir, ni mucho menos, que no fuera frecuente mucho antes. Si es, en cambio, un buen testimonio de que este sentido del término tardó en aplicarse de forma genérica, como sucede hoy, a los individuos de pueblos no civilizados.

A propósito de esto, dada la frecuencia con que en la bibliografía sobre el «salvaje» se mezclan, con cierta ligereza, consideraciones sobre el indígena americano y el «hombre salvaje», quizás sea conveniente preguntarse cuándo los cronistas de Indias utilizan el término «salvaje» para referirse al indio americano. Aunque el asunto exigirá un análisis concreto basado en una relectura minuciosa de un buen número de obras, en una primera aproximación se puede decir que en los siglos XVI y XVII a los indígenas americanos no se les llamaba sistemáticamente «salvajes»²³. La palabra más común para referirse a ellos era la de «indios» y cuando se emplea «salva-

¹⁹ La sexta acepción dice: «El natural de aquellas islas o países que no tienen cultura ni sistema alguno de gobierno». La tercera, reproducía tal cual la ya citada de *Autoridades*. Cfr. Real Academia Española: *Diccionario de la lengua castellana, reducido a un tomo para su más fácil uso* (Madrid: Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1803), p. 773, s.v. *salvage*.

²⁰ Real Academia Española: *Diccionario de la lengua castellana* (Madrid: Imprenta Real, 1817), p. 783, s.v. *salvage*. La tercera acepción dice: «El hombre que vive o se ha criado en los bosques o selvas entre las fieras y brutos». Mantiene como sexta la introducida en 1803: «el natural de aquellas islas o países que no tienen cultura ni sistema alguno de gobierno.»

²¹ Real Academia Española: *Diccionario de la lengua castellana* (Madrid: Imprenta Real, 1832), p. 673, s.v. *salvaje*.

²² Una profundización en este punto tendría que tomar en cuenta, por supuesto, toda la bibliografía existente sobre de la «bestialidad» del indio americano. Aunque no entro aquí en una discusión de dicha polémica historiográfica, sí me gustaría referirme a las conclusiones a las que llegó Lino Gómez Canedo en un excelente artículo, pues servirían para ilustrar, desde otro punto de vista, lo que he venido argumentando: «... me inclino a sospechar que la controversia sobre la irracionalidad o bestialidad de los indios americanos es una desorbitación histórica nacida inicialmente de las exageraciones de Las Casas, en sus referencias a las disputas que hubo en la Española acerca de la capacidad de los indios para regirse por sí mismos. Es muy creíble que en el curso de estas controversias algunos hayan calificado a los indios no sólo de incapaces y bárbaros sino de bestiales o bestias; pero no existe testimonio alguno seguro de que alguien responsable entendiese tales expresiones en su sentido antropológico, es decir, en el de que los indios no eran hombres sino bestias.» Cfr. Lino Gómez Canedo: «¿Hombres o bestias? (Nuevo examen crítico de un viejo tópico)», *Estudios de Historia Novohispana*, I (1966), pp. 29-51, la cita está en las pp. 50-51.

je», se aplica a comunidades extraordinariamente bárbaras e incivilizadas²⁴, todo lo cual lleva a la necesidad de plantearse, a su vez, en qué medida es necesario atender a la figura del indio americano cuando se está hablando del «hombre salvaje», entendido como ser mítico. No cabe duda de que hay puntos de conexión que se prestan a un interesante estudio²⁵, pero me parece importante evitar caer en el error, al estudiar el mito del «hombre salvaje», de confundir las cosas y mezclar indiscriminadamente una y otra figura, con la excusa de que hoy con esta palabra podemos aludir a cualquier pueblo no civilizado. Valga como buena muestra para ilustrar esto la inaceptable explicación de V. Lampérez del motivo del salvaje como tenante

²⁴ Vid., por ejemplo: Gonzalo Fernández de Oviedo: *Historia General y Natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso (Madrid: Atlas, 1959), vol. I, lib. III, cap. V, p. 64 («Por las cuales auctoridades digo que las flechas o saetas son las más antiguas armas de todas, o cuasi naturales, y, como tales, naturalmente pudieron estas gentes salvajes venir en conocimiento dellas» -refiriéndose a los caribes-); *ibid.* cap. XII, p. 83 («... se hizo la guerra a los indios de la Guahaba, e de la Sabana, e de Amigayahua, e de la provincia de Guacayarima, la cual era de gente muy salvaje. Estos vivían en cavernas o espeluncas soterrañas e fechas en las piedras e montes. No sembraban ni labraban la tierra para cosa alguna ...»); *ibid.*, vol. II, lib. XX, cap. III, p. 236 («Dice más el Pigafeta: que hicieron escala en una isla que tenía una montaña altísima dicha Malua, y que los habitadores son gente salvaje y comen carne humana y andan desnudos, y delante sus vergüenzas traen cierta corteza, de que se cubren; y es gente belicosa y flecheros ...»); *ibid.*, cap. VIII, p. 248 («Son tan salvajes, que piensan que todo es común, y que los cristianos no se enojan de lo que les hurtan ...»); P. Alcocer: *Historia o descripción de la Imperial cibdad de Toledo* (1554), lib. I, cap. CXVII, fol. XCVII («entre gentes tan bárbaras, saluages e inhumanas que por fiesta y plazer sacrifican hombres y se los comen ...»); Antonio Vázquez de Espinosa: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, ed. Velasco Bayón (Madrid: Atlas, 1969), lib. I, cap. CI, p. 387 («...las gentes salvajes e incapaces del beneficio que les iba a hacer, pues eran tan bestiales que ni tenían casas, ni conocían mujer propia, ni hijos ...»); *ibid.* lib. V, cap. XLVII, p. 454 («... tienen de costumbre estos bárbaros salvajes, cuando se muere el padre o la madre o el hijo, lo desuellan y se lo comen, y el pellejo lo hinchán de paja, y lo guardan para memoria ...»); Alonso de Contreras: *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras*, ed. Fernando Reigosa (Madrid: Alianza Editorial, 1967), cap. 13, p. 196 («Llegué a las islas de Matalino, hice agua allí, donde vi algunos indios salvajes, aunque con la comunicación de las flotas se aseguran a bajar, pero ninguno de los nuestros no, porque han cogido algunos y se los comen.»), etc.

²⁵ Me refiero, por ejemplo, a la influencia de la imagen del ser fantástico en el indio americano. Véase, por caso, este curioso texto francés de mediados del XVI: «Pourtant que plusieurs ont ceste folle opinion que ces gens que nous appellons sauuages, ainsi qu'ilz viuent par les bois et champs à la manière presque des bestes brutes, estre pareillement ainsi pelus par tout le corps; (...) bref, pour descrire un homme sauuage, ils luy attribueront abondance de poil, (...) ce qui est totalement faux (...). Mais tout au contraire, les sauuages tant de l'Inde Orientale, que de nostre Amerique, issent du ventre de leur merc aussi beaux et polis, que les enfans de nostre Europe.(...)» Cfr. André Thevet: *Les Singularitez de la France Antarctique, nouvelle édition avec notes et commentaires par Paul Gaffarel* (Paris, 1878), pp. 151-153. Este texto, aunque con otra intención, lo cita Kappler en *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media* (Madrid: Akal, 1986), pp. 185-186. Supongo que aborda este asunto el estudio de François Gagnon: «Le thème médiéval de l'homme sauvage dans les premières représentations des Indiens d'Amérique», en *Aspects de la marginalité au Moyen Age* (Montréal, 1975), pp. 83-103, trabajo que no he podido consultar.

de escudo: «la idea que se tenía de los indios de América a raíz del descubrimiento de Colón.»²⁶

Probablemente, una de las razones que expliquen el uso restringido que se hizo de la voz «salvaje» para referirse al indígena de América sea el que durante mucho tiempo esta palabra se aplicó sobre todo al velludo ser imaginario. Para poner de relieve la vigencia del mito medieval entre los hombres que fueron al Nuevo Continente, no estaría de más aducir un curioso ejemplo de un cronista de Indias. Antonio Vázquez de Espinosa en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, comenzado a publicar a fines del primer tercio del XVII, hablando de Venezuela, menciona unos curiosos animales que se conocen como «salvajes»:

Ocho leguas de esta ciudad de Tucuyo a las espaldas de Caroca, en la montaña de Campuzano, hay unos animales llamados salvajes, raros en el mundo, tienen la proporción y disposición de hombre en todo, salvo que están llenos de pelo largo de un gema, entre pardo y plateado, no hablan²⁷.

A pesar de su brevedad, el fragmento demuestra de forma clara la actualidad, entre los españoles que fueron a América, de la acepción de «salvaje» como ser fabuloso cubierto de pelo. En realidad, lo que vieron fue un tipo de osos²⁸, pero la semejanza que estos animales presentaban con los peludos «salvajes» les llevó a aplicarles tal nombre. Esta es la razón, en suma, de que todavía hoy en español venezolano se emplee el término «salvaje» para denominar un tipo de osos²⁹ y de que existan en torno a estos plantígrafos toda una serie de leyendas que en muchos aspectos recuerdan

²⁶ Cfr. Vicente Lampérez y Romea: *Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media, según el estudio de los elementos y los monumentos* (Madrid: Espasa Calpe, 1930), II, p. 592, n.2. Esta opinión es inaceptable también por razones cronológicas obvias. Vuelvo sobre este asunto y aludo a la necesidad de revisar la tesis de que el origen de este motivo está en «disfrazar a los escuderos de «salvajes»», según propuso José M^o de Azcárate («El tema iconográfico del salvaje», *Archivo Español de Arte*, XXI (1948), pp. 94-96) en mi próximo trabajo «Los “desafíos” del caballero salvaje. Notas para el estudio de un juglar en la literatura peninsular de la Edad Media».

²⁷ Antonio Vázquez de Espinosa: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, ed. Velasco Bayón (Madrid: Atlas, 1969), lib. II, cap. XXX, p. 71

²⁸ Matías Ruiz Blanco (*Conversión de Piritu, de indios cumanagotos, palenques y otros* [1690], ed. Fidel de Lejarza (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965), cap. I, 22, pp. 22-23) hablando de los osos señala: «En algunas partes de la Gobernación de Caracas se crían otros animales que llaman salvajes, que tienen forma humana, silban y andan en dos pies, y en cuatro corren más que un caballo, y éstos presumo que son los legítimos osos que se crían en las Indias cuyos huesos son medicinales.»

²⁹ Cfr. Lisandro Alvarado: *Glosarios del bajo español en Venezuela* [1929], en *Obras Completas* (Caracas: Ministerio de Educación, 1954), II, p. 427, s.v. *salvaje*; R. D. Silva Uzcátegui: *Enciclopedia Larense. Geografía, historia, cultura y lenguaje del estado de Lara* (Caracas: Impresores Unidos, 1941), I (*Geografía*), pp. 54-56 (se reproduce incluso una foto de estos «salvajes»)

a las que existieron en la Edad Media sobre los «hombres salvajes». En el estado de Lara, por ejemplo,

el pueblo dice que el salvaje se roba las mujeres de sus casas y se las lleva para el bosque donde él habita, las sube a los árboles y allí se pone a lamerles las plantas de los pies, hasta dejarles la piel tan delicada, que ellas no pueden huir.

Basado en esta creencia, hay un cuento popular titulado *Juan Salvajito*, según el cual un salvaje se robó una mujer y la transportó a su guarida situada en las copas de un árbol; valiéndose de la astucia ya dicha, la imposibilitó para fugarse y al cabo de algún tiempo tuvieron un hijo dotado de una fuerza sobrenatural; éste fue *Juan Salvajito*³⁰.

Volviendo a la época medieval, quedan por hacer algunas precisiones sobre el «salvaje» como ser fabuloso, antes de concluir. En primer término, es importante señalar que sería difícil encontrar una definición que no fuera muy genérica y que sirviera para caracterizar a esta figura, de la que existe una gran variedad de tipos³¹. Como recuerda Gómez-Tabanera,

su fama jamás conoció fronteras y su aspecto daría lugar a un sinnúmero de descripciones.³²

En segundo lugar, conviene advertir que el que haya que esperar al siglo XV para tener ampliamente documentado «salvaje» referido al ser velludo imaginario no significa que el mito no fuera conocido mucho antes. Sin intención alguna de entrar aquí en el problema del origen de este motivo en la Península, me limitaré a poner de manifiesto, según se apuntó hace tiempo³³, que, en la literatura medieval castellana, aparece ya en el *Libro de Alexandre*. En efecto, aunque no se menciona la palabra «salvaje», se pueden considerar como ejemplos de «hombres salvajes» los seres de los que hablan las coplas 2472-2474:

³⁰ R. D. Silva Uzcátegui: *Enciclopedia larense*, II, p. 649. En el siglo XIX hablaban de estas leyendas: Fray Ramón Bueno: *Tratado histórico*, ed. Fidel de Lejarza (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965), cap. II, p. 105 y Alejandro de Humboldt: *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (Barcelona: Labor, 1962), cap. XX, p. 230

³¹ Hay razonadas definiciones del «hombre salvaje» en los importantes trabajos de R. Bernheimer y T. Husband. Vid. Richard Bernheimer: *Wild Men in the Middle Ages. A Study in Art, Sentiment and Demonology* (Cambridge: Harvard University Press, 1952), p. 1 y ss.; Timothy Husband: *The Wild Man. Medieval Myth and Symbolism* (New York: The Metropolitan Museum of Art, 1980), p. 1 y ss. Vid. también la detallada tipología que ofrece Oleh Mazur, p. 11 y ss.

³² José M. Gómez-Tabanera: «El tema del hombre salvaje y el descubrimiento de América», *El Basilisco*, segunda época, nº 4 (marzo-abril, 1990), p. 35

³³ J. M^o. de Azcárate, p. 87-88

Entre la muchedumbre falló omnes monteses, los unos más de días, andavan con las bestias	de los otros bestiones, mugeres e barones; los otros moçajones, paçiendo los gamones.
---	--

Non vistié ningún dellos todos eran vellosos de noche como bestias quí non los entendiesse,	ninguna vestidura, en toda su fechura, yazién en tierra dura, avrié fiera pavura.
--	--

ovicieron con cavallos ca eran muy ligeros, maguer les preguntavan, que non los entendían	dellos a alcançar, non los podién tomar; non les sabién fablar, e avián a callar ⁴ .
--	--

En realidad, es conveniente —y así se ha venido haciendo en numerosas ocasiones— que los estudios iconográficos y literarios sobre el «hombre salvaje» atiendan no sólo a las manifestaciones inequívocas de este motivo, sino también a las figuras de las serranas y de ciertos santos, ermitaños y enamorados penitentes, analizando los indudables puntos de contacto⁵.

Para terminar, me gustaría dejar planteado un asunto que trataré, por su indudable interés, en un trabajo monográfico. Me refiero a la relación que hay entre «salvaje» y «caballero salvaje», o dicho en otras palabras, qué quieren decir exactamente estas últimas palabras. Anticipando las conclusiones a las que he llegado tras una revisión de todos los textos encontrados en los que se menciona esta figura y tras una relectura de la bibliografía existente, señalaré que es un grave error confundir «hombre salvaje» y «caballero salvaje». El «caballero salvaje», en efecto, poco tiene que ver con el «salvaje» mítico; era un tipo de juglar, como se ha sabido desde hace tiempo, aunque se haya olvidado en más de una ocasión. Sus actividades, que siempre han resultado muy enigmáticas, se pueden concretar basándose en los textos en los que aparece documentada esta figura. Del análisis de todos ellos, se deduce que el «caballero salvaje» era un juglar que ofrecía espectáculos de lucha, algo así como un «gladiador», si se me permite el símil. Su nombre le vendría por analogía; como los caballeros, estos juglares se retaban entre sí y tenían incluso sus justas, pero carecían

⁴ *Libro de Alexandre*, p. 545. Para tempranas manifestaciones en el arte medieval hispánico del motivo del «hombre salvaje», *vid.*: José Antonio Madrigal: «El «ome mui feo»: ¿primera aparición de la figura del salvaje en la iconografía española?», *Archivo Español de Arte*, LVI n.º 222 (1983), pp. 154-161; Jesús M.º Caamaño Martínez: «Un precedente románico del «salvaje»», *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 2 (1984), pp. 399-401.

⁵ Dada la complejidad de estos asuntos, no esbozo aquí las posibilidades de estudio que presentan cada uno de ellos, pues se saldrían del objetivo de este artículo. Tan sólo apuntaré que, entre las aportaciones bibliográficas existentes, faltan todavía análisis que exploten todas las ventajas que ofrece la perspectiva interdisciplinar.

de su categoría social y de su código de honor; por otro lado, como los «salvajes», exhibían rudos modales. Me parece, pues, que en «caballero salvaje» hay que entender el adjetivo en sentido figurado, por lo que hay que evitar confundir al juglar con el ser mítico. Con todo, hay que añadir que, hasta cierto punto y en algunos casos, la confusión es comprensible pues está documentada en varias ocasiones la palabra «salvaje» utilizada para referirse al «caballero salvaje». A pesar de su complejidad, el tema me parece del máximo interés, en tanto que la identificación de este juglar lleva a una reinterpretación de algunos textos literarios de gran importancia, como el episodio de Camilote y Maimonda en la *Tragicomedia de don Duardos*, aparte de proporcionar pistas para más de un estudio iconográfico.

Este asunto, como apunté antes, lo analizo en profundidad en otro artículo³⁰, al cual remito para apoyar todas las afirmaciones que he hecho sobre el «caballero salvaje». Si lo he traído a colación aquí, es porque me ha parecido oportuno para terminar de dejar planteado en sus líneas generales el enmarañado problema del concepto de «salvaje» en la Edad Media hispánica.

Espero, pues, haber conseguido dicho objetivo en este trabajo. Según decía al principio, existen puntos que precisan una mayor profundización y no quiero descartar la posibilidad de tener que rectificar quizá en algún aspecto, pues soy consciente de la complejidad del asunto. Con todo, confío en haber contribuido, al deslindar las diversas acepciones del término «salvaje», a deshacer equívocos y confusiones que dificultaban el estudio del mito «hombre salvaje» y espero haber abierto alguna nueva posibilidad de investigación en un tema en el que siempre será necesaria la metodología interdisciplinar.

³⁰ Santiago López-Ríos: «Los “desafíos” del caballero salvaje. Notas para el estudio de un juglar en la literatura peninsular de la Edad Media».